

DURA LA LLUVIA QUE CAE

Este libro está dedicado a mi
esposa y a Bob Miller.

PREFACIO

**Incidentes en el este
de Oregón**

(1929-1936)

Pueden matarte, pero no pueden comerte.

Creencia popular

ESA mañana, había tres indios de pie ante la oficina de Correos cuando la motocicleta atravesó la calle Walnut a toda pastilla, haciendo que Mel Weatherwax retrocediera en su camioneta y atropellara al vaquero que estaba cargando sacos de cal. Probablemente, el hombre y la mujer que iban en la moto ni se percataron del accidente que habían causado, de lo rápido que circulaban. Ambos llevaban gafas protectoras, y todo lo que Mel vio fue la motocicleta roja, las gafas y dos matas de pelo, negra la de él y rubia la de ella. Pero todo el mundo se olvidó de ellos; el vaquero estaba malherido y despotricaba ahí tirado, sobre el polvo rojizo, con la cara blanca de dolor. Los indios se quedaron de pie en la acera de tablas y vieron cómo Mel Weatherwax y uno de sus empleados se llevaban al vaquero herido hacia la sombra del callejón que había junto a la tienda.

El médico apareció al cabo de un rato y también se puso a despotricar, mientras se acuclillaba y palpaba con los dedos el cuerpo del vaquero. Se habían congregado ya algunas personas para ver lo que hacía el médico, y entre ellas había alguna que otra mujer, lo cual no interrumpió el flujo de juramentos del galeno. Resultó que había algunas costillas rotas y que lo más probable era que al mover el cuerpo, los extremos astillados de esas costillas hubiesen perforado los pulmones. Murió en menos de una hora, tirado en el callejón, y a esas alturas, el sol se había movido lo suficiente como para que el hombre quedara expuesto nuevamente al calor. Una de las mujeres del pueblo estaba de pie junto a él, tratando de darle sombra con un parasol, pero estaba tan ocupada charlando con una amiga que no dejaba de moverlo, con lo que de muy poca utilidad podía resultarle al vaquero. Se había muerto algo antes de que la mujer reparara en ello, y cuando ésta lo hizo,

lanzó un gritito, dio un salto hacia atrás y echó a andar calle abajo con expresión mortificada.

Después de que levantaran el cadáver, seguía habiendo una multitud en torno a Mel Weatherwax, quien estaba explicando de nuevo lo que había ocurrido cuando el joven de la moto y su amiga volvieron al pueblo caminando. Él llevaba las gafas levantadas sobre su cabello polvoriento y ella tenía las suyas en torno al cuello, mientras lucía un cardenal de color púrpura en la mejilla. Ambos estaban cubiertos de polvo y parecían cansados, pero el hombre se abrió paso entre la gente y le dijo a Mel Weatherwax, «Joder, me he cargado el motor. ¿Hay algún garaje por aquí?».

«Muchacho –repuso Mel–, acabas de matar a uno de mis vaqueros. Nadie de este pueblo te va a arreglar la maldita moto.»

Era en 1929 y ya hacía dos años que la Depresión asolaba esta parte del este de Oregón, así que a Mel no le preocupaba conseguir a otro bracero. Pero estaba encantado de tener ahí a ese muchacho para echarle la culpa del accidente, y una vez se convenció de su propia teoría, perdió los estribos y le dio un puñetazo en la cara, enviándolo de nuevo entre la gente, dando tumbos, hasta que acabó tirado a los pies de un indio. El joven se limpió el polvo y el sudor de la cara con el dorso de la mano y miró hacia arriba, hacia el indio, haciendo una mueca. Era un joven bien parecido cuyos dientes brillaban especialmente en contraste con su rostro bronceado. «Hay que joderse –dijo–, un puto indio.» Se puso de pie, atacó a Mel Weatherwax y no pasó mucho tiempo hasta que algunos de los hombres que rondaban por allí los separaran. La chica se mantenía a una prudente distancia, a la sombra y observando. Era espigada, de ojos azules y muy joven, estaba sucia y parecía cansada, pero sus ojos relucían mientras contemplaba la pelea, como si le gustara lo que veía. Después de eso, cada vez que alguien detectaba ese fulgor en sus ojos, sabía que iba a haber problemas.

Con la pelea interrumpida las cosas se calmaron un poco y Mel, derrotado, se ofreció a invitar a una copa al chico y todos se encaminaron al Wagon Wheel. Como se había creado un pue-

to de trabajo, ningún desempleado pensaba perder de vista a Mel hasta que eligiese a alguno de ellos. Pero resultó que fue el joven de la moto el que se hizo con el empleo, y él, Mel y el otro bracero se fueron juntos del pueblo en la camioneta, dejando sola a la chica en el hotel. De camino al rancho, recogieron la motocicleta y la pusieron en la parte de atrás, tratando de arreglarla una vez llegados a su destino, aunque algunas piezas se habían roto y la carcasa estaba doblada. Harmon Wilder, que así se llamaba el joven, le contó a todo el mundo que la había robado en Oakland, California, y que le daba lo mismo lo que fuera de ella.

No hubo ningún funeral por el vaquero muerto; no tenía ninguna familia, y como estábamos a principios del verano, todos los hombres de los ranchos estaban de lo más ocupados. Su cuerpo fue introducido en un ataúd de madera y llevado al rancho para ser enterrado allí.

La siguiente ocasión en que los indios vieron a la chica, ésta ejercía de camarera en el restaurante del hotel. Ninguno de ellos entraba en ese establecimiento: la veían a través del ventanal que daba a la calle Walnut. En esos tiempos, los indios no tenían trabajo; vivían de los cheques que les enviaba el gobierno federal a la oficina de Correos. Esos cheques no dejaron de llegar hasta finales de los años treinta, cuando el negocio de la madera se hizo tan importante que los aserraderos empezaron a contratar a los indios. Así pues, en 1929, algunos indios venían al pueblo casi a diario y se quedaban rondando ante la estafeta, conversando y observando la actividad local. Con un poco de suerte, podrían hacerse con algo de whisky y llevárselo a alguna parte para beberse. Acabaron conociendo muy bien a Harmon Wilder, ya que éste, a diferencia de casi todos los demás vaqueros, no tenía problemas para comprarles whisky. Incluso se fue a beber con ellos en una o dos ocasiones. Y una vez, cuando aparecieron los dos agentes federales de Portland y cerraron el Wagon Wheel, Harmon y otros dos se fueron en coche hasta Bend, compraron una caja de canadian club y Harmon les vendió las tres cuartas partes a los indios. Parecía que todo el pueblo estuviese borracho esa

noche, aunque sólo se trataba de una pandilla de carpinteros, vaqueros y cinco o seis indios. Los dos agentes federales se metieron en una pelea al intentar averiguar de dónde había salido el licor, y uno de ellos recibió un golpe en la cabeza con una botella vacía y tuvo que ser llevado al hospital, que estaba a casi ochenta kilómetros de distancia.

Poco después, la policía estatal vino y detuvo a la chica. Se llamaba Annemarie Levitt y se había escapado de su familia en Portland: sólo tenía dieciséis años. Desapareció cosa de seis semanas y volvió al pueblo en autobús, se instaló en una habitación del hotel y recuperó su trabajo en el restaurante. A esas alturas, todo el mundo se había dado cuenta de que estaba embarazada. Antes de que ella regresara a Portland, Harmon solía aparecer por el pueblo los sábados por la noche y la visitaba un ratito antes de irse al Wagon Wheel, pero luego ni siquiera le dirigía la palabra si se la cruzaba por la calle.

Para cuando cayeron las primeras nieves a finales de octubre, todo el pueblo sabía que los padres de la muchacha no pensaban enviarle de nuevo a la policía y que ella no iba a volver a Portland por decisión propia. Hacia esa época del año, los vaqueros se dejaban caer por el pueblo cada noche si contaban con algo de dinero; Harmon tenía suerte jugando a las cartas, así que se le veía bastante. No había cambiado; seguía siendo indómito y continuaba bebiendo en exceso, pero de vez en cuando hacía un alto en el hotel para ver a Annemarie, y por lo menos en una ocasión, ella se trasladó al rancho para verle.

Annemarie Levitt no se fue a vivir con los indios hasta finales de la primavera siguiente, en 1930, tras haber ido a Bend para tener a su hijo en uno de esos hogares para madres solteras. Regresó a Iona sin el bebé. Nadie averiguó qué era lo que volvía más loco a Harmon: ignorar dónde estaba su hijo o ver a la madre de la criatura viviendo con los indios. Puede que no fuese ninguna de las dos cosas; puede que se tratara de lo que ella le hizo a su rostro.

Ya no amaba a Harmon; lo demostró una tarde, pocas semanas después de su regreso al pueblo sin el bebé, cuando éste la paró

en la calle. Harmon llevaba una botella de whisky y ya estaba medio borracho, aunque sólo había transcurrido la mitad de una gris jornada invernal; la paró, le dijo algo que nadie pudo oír y luego se echó a reír y trató de pasarle la botella para que echara un trago, pero ella la cogió, se la estampó contra la mejilla tras hacerle describir un poderoso arco y el hombre salió disparado. La nieve que había sido apartada de la calle y apilada junto a la acera formaba unas masas sucias, y Harmon cayó dando tumbos sobre la nieve, dejando un brillante rastro de sangre en la superficie, y acabó de morros contra el duro hielo de la calle; y Annemarie se quedó allí de pie, sosteniendo el cuello de la botella rota, riéndose de él, y luego se lo arrojó encima y echó a andar, dejándole tirado con la mandíbula rota, la mejilla abierta y la sangre brotándole caliente y congelándose al tocar el suelo. Hubo unos cuantos que lo vieron todo desde el otro lado de la calle, pero nadie se detuvo para socorrer a Harmon; tenía demasiada mala reputación como para esperar ningún tipo de ayuda, así que acabó por levantarse él solo y se fue tratabillando calle abajo hacia el Wagon Wheel. Finalmente, algunos braceros se lo llevaron al médico y de ahí al hospital. No, ella ya no le amaba. Puede incluso que lo odiase. Puede que fuese el odio lo que la trajo de regreso. Pero cuando le golpeó con esa botella de whisky y se rio al verle indefenso y con la sangre congelándose en el suelo, dejó de odiarle para empezar a detestarse a sí misma.

Portland la había vuelto loca. Ya odiaba ese lugar a los dieciséis años; era la desgracia de la familia, una hija única; incontrolable, ya había tenido problemas con la policía en una o dos ocasiones antes de conocer a Harmon y huir impulsivamente con él; solía quedarse en su cuarto de la planta superior, después de que sus padres la hubieran enviado a dormir, y esperaba a que éstos se quedaran fritos para vestirse de nuevo, descolgarse por la ventana y pillar un tranvía en dirección al centro; pero cuando regresaba lo hacía por la puerta principal, y si sus padres la estaban esperando, perdía los estribos y les decía que se metieran en sus asuntos, y si su progenitor intentaba abofetearla o fustigarla, ella pegaba primero y le gritaba hasta que él dejaba de intentarlo, momento en el

que subía corriendo las escaleras para encerrarse en su habitación. Debió de conocer a Harmon durante una de aquellas expediciones al centro, pues una noche ya no volvió a casa.

Harmon se quedó con la cara destrozada; perdió todos los dientes del lado izquierdo y se hizo con una cicatriz que iba desde debajo del ojo izquierdo a la barbilla, atravesando el labio; ahora su rostro parecía hundido, y los ojos azules habían perdido todo su fulgor: a partir de ese momento, se limitó a ser un tipo mezquino hasta el día de su muerte. Vivió la vida de un buen vaquero trabajador, puede que no exactamente aquella con la que había soñado en Oakland, California, sino otra que para él ya estaba bien; dieciocho horas al día cuando el ganado estaba en la zona, sudando la rabia que sentía gracias al sol, el polvo y el olor cálido y agrio del caballo que tenía debajo; sólo tenía el trabajo, incluso en invierno: ese millar de irritantes tareas ineludibles con relación al ganado y el derroche de energía sobrante a través de brazos y piernas, hasta el punto de que ya sólo podía obsequiarse con una salvaje noche de sábado al mes, una noche para beber y romper ventanas y partirle la cara al primero que se le pusiera por delante.

Solía escribir cartas y aparecer por la oficina de correos siempre que podía para ver si tenía alguna respuesta. La gente no tardó mucho en averiguar el objetivo de esas cartas. Las enviaba a orfanatos y hogares estatales de todo Oregón, tratando de descubrir si había en ellos algún niño llamado Wilder o Levitt; pero siempre salía de la estafeta para sentarse en el banco, abrir el correo y arrugar las cartas después de leerlas, con el rostro negro de ira, por lo que todos sabían que seguía sin encontrar a su hijo. Puede que esa urgencia por encontrar al crío acabara también por quemarse y desvanecerse, pues al cabo de un tiempo se rindió y la gente dejó de preocuparse por él porque ya no aparecía por el pueblo y no se movía del rancho. Los vaqueros suelen ir de un lado a otro y cambiar de trabajo, pero Harmon no. Se quedó con Mel Weatherwax hasta que murió. Mel dijo que era un buen vaquero y que no hablaba mucho, alguien que no daba problemas si se le dejaba en paz. Lo que fuese que le llevó a escapar de Oakland en dirección al

Salvaje Oeste parecía haber sido controlado, de un modo u otro. Puede que sólo buscara la libertad. Puede que echase un vistazo alrededor y viera que todo el mundo era prisionero de Oakland, de su propio y diminuto vecindario; todos respiraban el mismo aire, heredaban los mismos asientos en la escuela, desempeñaban los mismos trabajos tediosos de sus padres y vivían en las mismas casuchas de estuco. Es posible que todo le pareciese una cárcel o una trampa, incluyendo el modo en que todos esperaban que hiciese determinadas cosas porque siempre se habían hecho de determinada manera, y ellos esperaban que él fuese bueno a la hora de hacer esas cosas solitarias, extrañas y carentes de sentido, y puede que tuviera miedo: de los edificios, el humo, el hedor de la bahía, el aspecto gris que tenía todo el mundo. Puede que temiera convertirse él también en uno de esos adultos de rostros vacíos y solitarios, y que tuviera que conformarse con una casa en el barrio y una de las chicas del instituto y un empleo en alguna fábrica y pudrirse en ese entorno hasta el día del juicio. Por eso corrió hacia la única frontera de la que había oído hablar y se convirtió en vaquero. Pero, claro está, se lo trajo todo consigo al huir, y eso nunca le abandonó, mordiendo, destruyendo, matando, hasta que él mismo desapareció y sólo quedó el cuerpo de un hombre trabajando. Y finalmente, hasta eso murió. Fue un accidente. Un caballo le pateó y murió al día siguiente de una hemorragia cerebral; había estado tratando de arrancar el hielo de los cascos del caballo, resbaló y le retorció la pata al animal, que reaccionó de manera violenta, le alcanzó justo en la sien y ahí se acabó todo. El accidente tuvo lugar en 1936, cuando Harmon tenía veintiséis años y estaba a punto de cumplir veintisiete. Nunca consiguió ver a su hijo.

Y tampoco Annemarie. Para entonces, ya llevaba mucho tiempo viviendo con los indios y parecía estar bien, pero cuando se enteró de la muerte de Harmon, algo en ella se disparó, algo que el odio masivo de los blancos del pueblo no había conseguido disminuir en todo ese tiempo, y unas semanas después se suicidó con una escopeta de diez cartuchos. Tenía veinticuatro años en ese momento. La enterraron los indios.